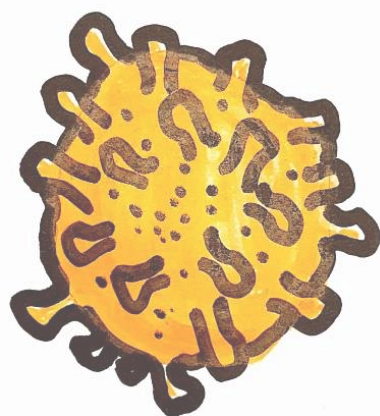


ICEI Papers COVID-19

Instituto Complutense de Estudios Internacionales



Nº 3

24 DE MARZO DE 2020

Se paró el reloj del mundo

José Antonio Nieto Solís



Se paró el reloj del mundo

José Antonio Nieto Solís

Profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid.

Especialista en organismos internacionales y economía europea, y escritor.

Investigador adscrito al Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI).

Estamos perdiendo a muchos de nuestros abuelos, la generación que con tanto sufrimiento nos sacó adelante. Cuando se inició la crisis del coronavirus la población inmune en el mundo era de cero personas. Por lo tanto, todos estamos potencialmente expuestos, pero las estadísticas corroboran que quienes mueren casi siempre son los más ancianos. Hasta que exista una vacuna fiable, el mundo respirará con precaución, porque el virus está dando la vuelta al Planeta y volverá, quizá para llamar a nuestra puerta cada año. Por ello, las consecuencias en términos demográficos y sanitarios son terribles. Y hemos de aprender, al menos, sobre nuestra seguridad, sobre la fragilidad de la globalización vigente, y sobre la narrativa que sustenta nuestras vidas, ideas, Estados y el orden internacional.

Primero, es obligado tomar nota de la importancia de la sanidad pública. Se ha hablado mucho, y con razón, de las consecuencias negativas que han tenido los recortes de las políticas públicas en los últimos años. Y se ha hablado, esperemos que también con fundamento, de la conveniencia de que esos recortes no vuelvan. Nos hacen falta, no es necesario entender de economía, sistemas fiscales más sólidos, eficientes y equitativos. Y ese es uno de los aspectos que suele marcar la diferencia entre países desarrollados y países menos o nada desarrollados. La sanidad nos dará también seguridad. Las personas así lo demandarán. Estar prevenidos es una exigencia, porque las pandemias pueden repetirse.

Segundo, nos hemos dado cuenta de la fragilidad de la globalización actual. Las fronteras apenas existen para las finanzas y los movimientos de capitales, los elementos más desequilibradores en las crisis económicas anteriores. En los demás ámbitos, y muy especialmente en la libre circulación de personas, la globalización no volverá a ser lo que era. Puede que estemos ante el inicio de una nueva época, pero, en mi opinión, sería un lamentable error cerrar fronteras, sobre todo en espacios, como la UE, basados en lo contrario. Soy más bien de la opinión de que la UE debe insistir en la estrategia seguida hasta ahora, reforzando las políticas sociales que legitimen su acción ante la ciudadanía, y reinterprelando los pactos de estabilidad y crecimiento que encubría una austeridad mal entendida, un exceso de ortodoxia neoliberal contraproducente para la mayoría de la población, más aún en situación de excepción como la que vivimos. Quizá la globalización cambie, y en ese cambio China adquiera un papel todavía más relevante, ¿si EE.UU. lo asume sin traumas para ellos y para el resto del mundo? Es el momento de empezar a pensar en un nuevo orden mundial, porque el desorden sería malo para todos. Sé que lo que voy a decir a continuación es descabellado, pero hay que intentarlo. Si los atentados terroristas que empezaron al inicio del siglo XXI cambiaron el mundo, el coronavirus puede cambiarlo más. Entre medias, hemos vivido un periodo de desorden financiero y económico, además de un deterioro notable de los organismos multilaterales construidos en la segunda mitad del siglo XX. ¿Podría haber alguna similitud entre las dos guerras mundiales del siglo pasado y el periodo de entreguerras, con sus desórdenes, crisis y fatídica intolerancia? Se salió de aquello con un pacto mundial a la altura, plagado de defectos pero con importantes virtudes. Decía que puede parecer descabellada esta sumaria y torpe interpretación de la historia, porque la crisis del coronavirus podría requerir un pacto mundial, al estilo del que se estableció tras la segunda Guerra Mundial. La conclusión puede ser clara: la globalización necesita nuevas instituciones que la regulen, además de criterios a la

altura de la dignidad humana. No será fácil conjugar el poder de las grandes empresas y grupos financieros y el rol de los Estados, hasta ahora crecientemente debilitados pero quién sabe si en los próximos años dotados de políticas públicas más fuertes. China puede no ser el ejemplo, su combinación entre el mercado y poder centralizado es atractiva en algunos aspectos, pero choca frontalmente con los valores de democracia que creemos mantener como pilares de las sociedades occidentales. Pero el supuesto libre mercado del que presumimos a ambos lados del Atlántico no se sostiene, pienso yo, como modelo de futuro en un mundo frágilmente globalizado, plagado de una mayoría de países de bajo nivel de renta y de poblaciones en gran medida dispuestas a emigrar o directamente a huir del hambre, de las guerras, de la intransigencia. Emigran en busca de esa vida mejor, de los sueños que les abren las ventanas de la globalización.

Tercero, también hemos podido comprobar lo fácil que es contarnos cuentos. Siempre lo ha sido y eran a menudo nuestros abuelos quienes transmitían oralmente esa cultura, para que nos venciera el sueño cuando éramos niños. A todos nos agrada escuchar cuentos. Pero hay modalidades peligrosas o cuando menos poco agradables. Por ejemplo, las posibles sociedades distópicas que se avecinan, con sistemas de control de las personas a través de la telefonía móvil y basadas en la más que discutible legalidad de situaciones de alarma permanente, como la que vivimos ahora. Peligrosas, porque nos pueden llevar a renunciar a libertades individuales, sin más contrapartida que la presunta seguridad que ofrecerían los estados y quizá, si logran redefinirse, algunos nuevos organismos internacionales. Y hay también modalidades de cuentos poco agradables, porque nacen de los bulos, de *fake news*, del exceso de información y la falta de formación de muchas personas. Para el futuro no hay más remedio que reforzar también las políticas públicas en educación e investigación, convirtiéndolas en pilares esenciales del progreso, de la actividad económica y del nivel cultural. De ese modo será más fácil eludir los falsos cuentos, los profetas de toda la vida que carecen de rigor científico pero hablan del origen del coronavirus, imbuidos en su verdad aparente, sin reparar en que el capitalismo tiende a invadirlo todo, también las selvas, el aire y los subsuelos de las ciudades. Nuestro modo actual de producción no respeta el medio ambiente. El modo de producción asiático no es respetuoso con los ecosistemas ni con los derechos laborales, o al menos esa es una de las críticas más habituales que se formulan desde otros lugares del mundo. Pero lo cierto es que la Tierra tiene una capacidad limitada de generar recursos y de absorber residuos, y la expansión de nuestras fronteras físicas de producción está sobrepasando esa capacidad. Los oligopolios de la energía y los transportes condicionan nuestra forma de vida, el diseño de las ciudades y los lugares de compra y de ocio. El cambio será difícil, porque ha de ser contundente y a ser posible rápido. Es un motivo más para repensar nuestros compromisos como sociedad civil, como Estados (en algunos casos agrupados en áreas de integración, para intentar ser más fuertes en la escena global) y como suma de lealtades capaces de fijar un sistema de relaciones internacionales distinto, no solo en los aspectos económicos más esenciales, el comercio, las finanzas, la ciencia y la tecnología... España, por ejemplo, podría repensar desde un nuevo pacto, al estilo de una segunda transición, su organización territorial y fiscal, su encaje en una nueva UE, en Otra Europa, y su papel, siempre modesto, en un entramado de normas internacionales capaces de garantizar, entre otras cosas, que las grandes corporaciones y los capitales más volátiles cumplan las exigencias fiscales que creamos necesarias para levantar sociedades más sostenibles y seguras (también desde el punto de vista sanitario), más eficientes (porque no se pueden derrochar recursos, ni los modelos a seguir deben basarse en la corrupción, la precariedad y el dumping social) y más equitativos (porque el crecimiento de las desigualdades jugaría en contra de la estabilidad, en un mundo global). Un mundo que ahora está al ralentí. Una economía mundial que se hundirá, aunque queda la esperanza de poder activar grandes planes de reconstrucción y de que el capitalismo renazca, como siempre, aunque ojalá lo haga con un rostro más humano.

Mientras tanto, estamos confinados en nuestras casas por un agente invisible, por un virus que ha puesto en jaque el funcionamiento de los modelos productivos y, afortunadamente, los dogmas

macroeconómicos que, cual modas, lucían sobre sus cabezas los poderosos, sus adláteres y no pocos académicos, a veces ciegos, a menudo interesados y, en algunas ocasiones, también cargados de nobles intenciones y esfuerzos intelectuales bien acogidos por la endogamia universitaria y científica. Tal vez los tiempos van a ser otros para todos, porque esta crisis será dura y cambiará nuestras vidas. Cambiará, esperemos, el concepto de las políticas públicas, de las fronteras y su permeabilidad interesada, cambiará, al menos a corto plazo, la manera de relacionarse entre las personas y los grupos, e incluso cambiará la sensación de intimidad y el tiempo individual y compartido. Saldremos de la crisis, pero lo haremos con variables temporales y físicas, intelectuales y emocionales distintas. Con otros registros, otros temores y quizá otras certezas. Tendremos ocasión de pensar en esos cambios cuando vuelva la normalidad. Ahora es fácil sentir que todo va lento y tendrá que acelerar, que está seriamente amenazada la cercanía social sin que los avances tecnológicos la sustituyan, que la inseguridad laboral y vital crecerá y quizá rezumemos individualismo salpicado de banderas de conveniencia, en lugar de fortalecernos como grupo, como sociedad. Habrá que mejorar, sin duda, las capacidades de prevención. Pero antes sería muy útil aclarar por qué y cómo, con la crisis del coronavirus, se paró el reloj del mundo.

Aunque no me sirva de mucho consuelo, tendré más tiempo para centrarme en mi quinta novela. La cuarta, *Un destino compartido*, 2ª ed., acaba de publicarse como eBook en Amazon. Aborda, por supuesto, la corrupción alto voltaje (antes del confinamiento). Quiero concluir agradeciendo a Isabel Álvarez, directora del ICEI, esta iniciativa que espero nos permita debatir y conocernos mejor, escribiendo. En este caso sobre un virus.